

PRÓLOGO

Antes del tiempo, antes de la memoria, solo existía el Gran Vacío. Fue entonces cuando los Creadores, seres de pura esencia cósmica, volcaron su aliento sobre la nada y dieron forma a Eldoria. No fue una construcción, sino una canción. Las montañas surgieron como estrofas poderosas; los ríos, como melodías serpenteantes; y los bosques, como armonías verdes y vivas.

Pero su obra maestra, el estribillo que sostendría toda la canción, fueron los Cuatro Artefactos Divinos. No los crearon de la nada, sino que extrajeron la esencia misma de Eldoria para forjarlos:

El Cáliz de las Mareas, tallado de la primera lágrima del océano, portador de la sabiduría serena y la adaptabilidad fluida.

La Corona de Llamas, forjada en el corazón del primer volcán, faro de una pasión que podía crear o devorarlo todo.

El Amuleto de Vientos Eternos, tejido con el suspiro inicial de la atmósfera, símbolo de la libertad y el cambio inexorable.

El Corazón de Gaia, cristalizado de la raíz más profunda del mundo, guardián de la estabilidad inquebrantable y la fuerza serena.

Estos artefactos no eran meras herramientas. Eran los pilares del equilibrio, los latidos del corazón de un mundo vivo. Y como toda cosa viva, Eldoria era frágil.

La armonía duró eones, pero en los rincones más oscuros de la creación, una resonancia corrupta comenzó a crecer. No nació de un dios o un demonio, sino de los propios habitantes de Eldoria: de su ambición desmedida, su rencor enquistado, su deseo de poseer lo que no les pertenecía. Estos fragmentos de maldad, como gotas de veneno, se atrajeron y fusionaron, formando una entidad sin forma pero con un hambre infinita: la Sombra Fragmentada.

Era un eco de todo el mal jamás cometido. Donde pasaba, la hierba se ennegrecía, los ríos se enturbiaban y los corazones nobles se llenaban de desconfianza. Su mera presencia resquebrajaba la canción de los Creadores.

La batalla final no fue una guerra de ejércitos, sino un forcejeo cósmico. Los Creadores, con un dolor inmenso, no pudieron destruir a la Sombra, pues estaba hecha de la misma esencia de Eldoria. En su lugar, con el último aliento de su poder unificado, la sellaron en una prisión de pura energía en las profundidades del mundo. Sabían, con una certeza que les heló el espíritu, que era una solución temporal. Que la Sombra, paciente y voraz, algún día encontraría una grieta por la que escapar.

Fue entonces cuando establecieron el Concordato de la Creación, un juramento que resonaría en la sangre de un linaje único. No buscarían a los guerreros más fuertes o a los magos más poderosos. Buscarían a los corazones más puros, a los que entendieran que la verdadera fuerza no reside en el poder individual, sino en el vínculo inquebrantable.

Y así, de la luz de la última estrella que cayó sobre Eldoria, surgieron los Koalas de Oro. Una familia destinada a ser guardianes, sí, pero, sobre todo, a ser el antídoto contra la Fragmentación. Su unidad sería su arma final.

Kaelor, el líder, cuya fuerza no radicaba solo en su brazo, sino en su compasión inquebrantable.

Liriel, la híbrida, un puente entre mundos cuya existencia misma era un acto de fe y que cargaría con el peso de los artefactos como nadie más podría.

Sylra, la hija mayor, cuyo espíritu de fuego y lealtad feroz sería tan crucial como su lanza.

Aria, la más joven, cuya luz interior y pureza de corazón poseían una magia que ni los más antiguos sortilegios podían comprender.

La profecía era clara: solo ellos, unidos por un amor más fuerte que el miedo, podrían reunir los artefactos y cantar la canción de sellado permanente. La historia de los Koalas de Oro estaba a punto de comenzar. Y Eldoria, conteniendo el aliento, aguardaba para ver si su última esperanza sería suficiente.

CAPÍTULO 1: EL MENSAJE DEL ARBOLUM VITAE

El bosque de Eldoria amaneció con un silencio inquietante. No era la paz habitual, sino una calma pesada, como si la vida misma contuviera el aliento. Los árboles del Bosque Lumínico, cuyas hojas solían brillar con una suave luz dorada, parecían apagados, mustios. Kaelor lo notó de inmediato; cada pisada suya sobre la hojarasca crujía con un eco anormalmente alto y sonoro.

—El aire sabe a metal —murmuró, deteniéndose—. Y las ardillas... mira.

Liriel siguió su mirada. Una ardilla, en lugar de enterrar su nuez, la golpeaba contra el tronco de un árbol con movimientos espasmódicos y frustrados.

—No es solo el bosque —dijo Liriel, su voz más baja de lo habitual—. Es el flujo vital de Eldoria. Algo lo está envenenando.

Antes de que Kaelor pudiera responder, una sombra se cruzó en su camino. Un cuervo de plumaje tan negro que parecía absorber la luz aterrizó en una rama baja. Sus ojos, dos cuentas de obsidiana, los observaron con una inteligencia que erizó el pelaje del cuello de Kaelor. El ave no graznó. Solo inclinó la cabeza y dejó caer un único objeto: un pergamino atado con una hebra de hilo de oro que se desenrolló en el aire ante ellos, revelando un mapa estelar que se dibujaba a sí mismo.

—Esto no es un mensaje —susurró Liriel—. Es una advertencia.

Unos metros atrás, Sylra pateaba una piedra con furia contenida.

—Podríamos estar entrenando. O, no sé, «haciendo algo útil» —refunfuñó—. En lugar de eso, paseo matutino para ver árboles tristes.

Aria, en cambio, caminaba en silencio, sus grandes ojos recorriendo el bosque marchito. No saltaba, no correteaba. Su hiperactividad parecía haberse transformado en una concentración aguda.

—¿No lo sientes, Sylra? —preguntó sin mirarla—. El bosque... tiene dolor de cabeza.

Sylra se detuvo y la miró. Por primera vez en mucho tiempo, no tuvo una réplica sarcástica. El tono de su hermana menor era serio, y la realidad de sus palabras caló hondo. Sylra apretó el puño alrededor de su lanza. Su rol era la fuerza, la acción. Esta impotencia frente a un mal invisible la desesperaba.

—Lo que siento es que necesitamos un enemigo al que clavar esto —respondió, aunque con menos convicción de lo habitual.

Kaelor se volvió hacia ellas, el pergamino mágico flotando a su lado. Su rostro era una máscara de serenidad, pero Sylra, que lo conocía bien, vio la sombra de preocupación en sus ojos. Esa pequeña grieta en su fortaleza la alarmó más que el silencio del bosque.

—Chicas —dijo Kaelor, y su voz tenía un tono de cansancio que no escuchaban a menudo—. El juego ha terminado.

La visión del Arbolum Vitae les cortó la respiración. El gran árbol, el corazón palpitante del bosque cuya copa debería haber sido un dosel de luz, se alzaba gris y lánguido. Las hojas doradas yacían en el suelo como monedas sin valor, y el aire olía a tierra húmeda y decadencia.

Aria se acercó lentamente y tocó la corteza con la yema de los dedos.

—Está asustado —anunció, y una lágrima escapó por su mejilla sin que se diera cuenta.

Esta vez, Sylra no cuestionó su percepción. El dolor era tan palpable que hasta ella podía sentirlo como un frío en el estómago.

Entonces, una voz sin sonido, una presencia mental, llenó sus mentes. No eran palabras, sino conceptos, imágenes, una oleada de pura angustia ancestral.

—Guardianes... la Canción se desgarra...

Sylra contuvo un jadeo. Sentía el eco de ese dolor en sus propios huesos, una punzada sorda detrás de los ojos.

—Los pilares se debilitan. El Cáliz de las Mareas duerme inquieto. La Corona de Llamas arde con furia ciega. El Amuleto de Vientos es arrastrado por la tormenta. El Corazón de Gaia... se agrieta. La Sombra se alimenta de nuestra fragmentación. Buscad los artefactos. Unid lo que está roto... o todo caerá.

La luz del árbol se concentró entonces, proyectando los cuatro símbolos de los artefactos en el aire. Y debajo, el mapa. No era un dibujo claro, sino un remolino de energías, con un punto brillante titilando con fuerza en lo que parecía un vasto océano.

Sylra estudió el mapa, su frustración dando paso a un propósito nítido.

—Celestara —dijo, y su voz no sonó quejumbrosa, sino determinada—. El Cáliz está allí.

Kaelor asintió, mirando a su hija mayor con un nuevo respeto. No era la chica impaciente, sino una guerrera viendo el campo de batalla por primera vez.

—Sí. Y nos espera un océano de problemas.

El campamento familiar solía ser un lugar de cálida luz y risas. Esa noche, la luz de las lámparas de musgo parecía combatir tenazmente las sombras, y el silencio era espeso. Kaelor afilaba su espada con movimientos metódicos, pero su mirada estaba perdida en la distancia. Liriel extendió el mapa sobre la mesa, sus dedos trazando la ruta hacia la costa.

—El viaje será largo —dijo en voz baja—. Y Celestara no recibe bien a los forasteros.

—¿Crees que... el Cáliz nos hablará? —preguntó Aria, abrazando sus rodillas. Su energía habitual se había convertido en una quietud expectante.

—Los artefactos no hablan, pequeña —respondió Kaelor, saliendo de su ensimismamiento—. Pero su poder... se siente. Y tiene un precio.

Sylra, que estaba revisando su mochila, alzó la vista.

—¿Qué precio?

Liriel intercambió una mirada significativa con Kaelor. Fue ella quien respondió, con una honestidad que cortó el aire.

—Cada artefacto es un fragmento del alma de Eldoria. Sostenerlo... es como sostener un océano, un volcán, una tormenta. Puede consumirte si no estás preparado.

Sus palabras flotaron en la habitación, cargadas de un significado que Sylra solo intuyó. Por primera vez, entendió que no se trataba solo de una aventura. Se trataba de un sacrificio.

Al amanecer, partieron. No hubo discursos, ni promesas grandilocuentes. Solo una familia, de pie junto al Arbolum Vitae moribundo, con la carga de un mundo sobre sus hombros.

Sylra ajustó la correa de su mochila, cargada no solo con provisiones, sino con el peso de la expectativa. Aria caminaba a su lado, su mirada infantil ahora llena de una comprensión demasiado adulta. Kaelor lideraba el camino, su espalda ancha era un muro contra la incertidumbre. Y Liriel cerraba la marcha, sus ojos, llenos de un conocimiento antiguo y un temor secreto, escudriñando los senderos que dejaban atrás.

Miraron una última vez el bosque, no con nostalgia, sino con una promesa silenciosa. Luego, los Koalas de Oro se volvieron y emprendieron la marcha, adentrándose en un mundo que pendía de un hilo, llevando consigo la última esperanza de Eldoria.

CAPÍTULO 2: BIENVENIDOS A CELESTARA

El primer día de viaje fue una lección de realidad para los Koalas de Oro. La magia serena del Bosque Lumínico había dado paso a senderos pedregosos y laderas escarpadas. Sylra, que siempre había imaginado el inicio de la gran aventura como una marcha triunfal, se encontró ajustando constantemente las correas de su pesada mochila, que no solo contenía provisiones, sino también las ollas para sus «sopas épicas» que ahora le parecían una idea ridículamente optimista.

—No es justo —murmuró, sin aliento, mientras observaba a su padre caminar con aparente facilidad, con su espada como único peso visible—. Papá lleva solo la espada, y yo cargo con medio bosque.

Kaelor no se volvió, pero su voz llegó clara y serena.

—La fuerza no es solo para blandir una lanza, Sylra. También para cargar con lo necesario. Y eres la más fuerte de la familia.

—Eso suena a un cumplido tramposo —refunfuñó ella, pero una parte de sí misma, la que anhelaba su aprobación, se aferró a sus palabras.

Aria, en cambio, parecía flotar. Su pequeño bolso, ligero, le permitía detenerse a observar un insecto de caparazón brillante o seguir el vuelo de un ave extraña. Su hiperactividad había encontrado un nuevo canal: la curiosidad pura.

—Mira, Sylra —dijo, señalando una flor que se abría y cerraba al ritmo del viento—. Es como si el mundo respirara con nosotros.

Sylra miró la flor, luego su mochila, y suspiró.

—Genial. Ojalá yo también pudiera respirar tan livianamente.

Fue Liriel, desde el frente, quien detuvo la marcha. No con una queja, sino con una quietud repentina. Su mano se posó sobre el tronco de un árbol anciano y su rostro se ensombreció.

—El malestar del Arbolum Vitae... se extiende. Este árbol también lucha por mantenerse firme. No tenemos mucho tiempo.

Sus palabras actuaron como un cubo de agua fría. Las quejas sobre el peso y la curiosidad lúdica se desvanecieron, reemplazadas por la urgencia silenciosa que ahora compartían.

Tras días de marcha, el aire comenzó a cambiar. Una brisa salina cargada de promesas y misterios acarició sus rostros. Y entonces, lo vieron.

El Gran Océano de Eldoria se extendía ante ellos, un espejo infinito que reflejaba un cielo de nubes veloces. No era una costa tranquila; las olas rompían con fuerza contra acantilados imponentes, y en el horizonte, una estructura desafiaba toda lógica: una torre

de cristal y madreperla que emergía de las profundidades, su cima brillando con una luz que parecía un potente faro.

—Bueno —resopló Sylra, dejando caer su mochila con un golpe sordo—. Llegamos. ¿Y ahora? ¿Golpeamos la puerta?

Aria se acercó al borde del acantilado, dejando que la espuma del mar mojara sus pies. Cerró los ojos.

—No está enfadado —murmuró—. Solo... nos vigila.

Kaelor avanzó hasta donde el agua lamía las rocas. No sacó su espada. En su lugar, hizo algo que sorprendió a sus hijas: se arrodilló y colocó la palma de su mano sobre la superficie del agua, no como un desafío, sino como un saludo.

—Guardianes de Celestara —dijo, su voz grave resonando por encima del rugido de las olas—. Somos los Koalas de Oro. Venimos en nombre del Arbolum Vitae, cuyo sufrimiento llega hasta vuestras costas. Buscamos el Cáliz de las Mareas no por poder, sino para sanar.

El agua frente a él comenzó a burbujear. Lentamente, emergió una criatura que era más que un pez. Su cuerpo, del tamaño de un delfín, estaba cubierto de corales vivos y algas que se mecían con una corriente invisible. Sus ojos, grandes y de un azul profundo, los estudiaron a cada uno, deteniéndose un instante más de lo necesario en Liriel.

—Los Koalas de Oro —repitió la criatura, y su voz sonó como el rumor de las olas en una cueva marina—. Hace generaciones que no pisáis nuestras aguas. El mundo de la superficie nos ha olvidado. ¿Por qué deberíamos confiar en vosotros?

Sylra dio un paso al frente, impulsada por un honor familiar que nunca antes había sentido tan agudamente.

—Porque Eldoria es uno solo. Si vuestro reino cae, el nuestro le seguirá. No pedimos confianza. Pedimos una oportunidad para demostrar nuestro valor.

El guardián marino la observó, y por un momento, Sylra sintió que toda su alma estaba siendo escudriñada.

—El valor aquí no se mide por la fuerza de tu brazo, pequeña koala —dijo, y no era un reproche, sino una advertencia—. Se mide por la profundidad de vuestra unidad y la pureza de vuestro propósito. Celestara pondrá a prueba ambas.

Con un poderoso movimiento de su cola, el agua frente a la costa comenzó a girar, no de forma violenta, sino con una precisión hipnótica. El remolino se abrió, revelando no un túnel de agua, sino un portal de luz esmeralda que mostraba visiones fugaces de cúpulas brillantes y jardines de algas danzantes.

—Atravesad el vórtice —ordenó el guardián—. Y recordad: en las profundidades, vuestros corazones pesarán más que vuestros cuerpos.

Cruzar el portal fue una experiencia que desafiaba los sentidos. No era mojarse, sino ser absorbido por la esencia misma del océano. Durante un instante eterno, sintieron la inmensidad abisal, la presión de siglos de historia, el susurro de miles de criaturas.

Y luego, estaban allí.

Celestara los recibió con una belleza que cortaba la respiración. Cúpulas de cristal iridiscente se alzaban sobre jardines de corales fluorescentes. Peces de colores imposibles se deslizaban como joyas vivientes, y la luz se filtraba desde la superficie en haces dorados que bailaban al ritmo de las corrientes.

Pero la bienvenida no fue cálida.

Antes de que pudieran orientarse, unas sombras se movieron entre los corales. Criaturas con caparazones gruesos y pinzas que parecían poder cortar el acero emergieron, rodeándolos. Eran cangrejos guerreros, sus ojos pedunculados fijos en ellos con desconfianza absoluta. El más grande de ellos, con una concha marcada por cicatrices de antiguas batallas, emitió un chasquido seco que resonó como una advertencia.

—¡Alto, forasteros! Nadie pone una pata en la avenida de los Coralantes sin la autorización del Consejo Marino. Identificaos.

Sylra, instintivamente, llevó la mano a su lanza, pero la mirada de Kaelor la detuvo. No era momento de fuerza.

Liriel se adelantó, y una suave luz dorada pareció emanar de ella, calmando ligeramente la agresividad de los cangrejos.

—Somos los Koalas de Oro —dijo, y su voz, de algún modo, se proyectó con claridad en el ambiente submarino—. Hemos sido convocados por el guardián del vórtice. Buscamos una audiencia con el Consejo Marino. La situación es urgente.

El cangrejo líder la observó, y de nuevo, como con el pez guardián, hubo un reconocimiento, una chispa de curiosidad en su mirada inexpresiva.

—Sois la híbrida —afirmó, no preguntó—. El Consejo ha oído rumores. Muy bien. Os escoltaremos. Pero un movimiento en falso, y vuestros pelajes se convertirán en adornos para nuestros jardines.

Mientras los cangrejos los guiaban a través de las deslumbrantes avenidas de Celestara, Aria caminaba en silencio, sus grandes ojos absorbiendo todo. No tenía miedo, sino una profunda reverencia. Sylra, por su parte, sentía la picazón de la impotencia. Estar rodeada, ser una intrusa... era una sensación que detestaba. Se aferró a la imagen del Arbolum Vitae marchito. Eso los justificaba. Eso les daba derecho a estar aquí.

Kaelor y Liriel intercambiaron una mirada. Habían superado la primera barrera. Pero sabían, con una certeza que se asentó como una piedra en sus estómagos, que las pruebas más difíciles estaban por venir.

El salón del Consejo Marino estaba tallado en la base de un gigantesco arrecife vivo. Bioluminiscencia natural iluminaba la estancia, donde tres figuras de autoridad inmensa los esperaban.

Una tortuga ancestral, cuyo caparazón estaba incrustado con gemas que parecían contener constelaciones enteras. Un calamar anciano, cuyos tentáculos de luz se movían con lentitud deliberada y cuyos ojos negros parecían conocer los secretos de las fosas más profundas. Y una sirena de cabello como algas finas y un tridente de plata que brillaba con una luz fría.

Fue la sirena quien habló primero, su voz una melodía poderosa que vibraba en sus huesos.

—Habéis venido por el Cáliz de las Mareas. Lo sabemos. El océano siente vuestra intención como una corriente nueva. Pero el Cáliz no es un trofeo. Es el corazón latente de nuestras mareas, el equilibrio de nuestras aguas. No lo entregaremos a cualquiera.

Sylra contuvo el impulso de hablar. Apretó los puños, esperando.

—Para demostrar que sois dignos —continuó la tortuga, su voz tan lenta y profunda como el movimiento de las placas continentales—, debéis resolver el Enigma de las Mareas. No es una prueba de fuerza, sino de sincronía. El Cáliz responde a la armonía, no a la fuerza bruta.

Aria, por primera vez desde que llegaron, mostró un atisbo de su antigua energía, una chispa de interés genuino en sus ojos.

—¿Un acertijo?

El calamar asintió, y un destello de inteligencia recorrió sus tentáculos luminiscentes.

—El acertijo más peligroso —dijo—. Aquel que revela la verdad de vuestros vínculos. Fallad, y las mareas mismas os expulsarán de Celestara para siempre.

Kaelor se irguió, mirando a cada miembro de su familia a los ojos. Sylra con su determinación feroz, Aria con su curiosidad brillante, Liriel con su serenidad inquebrantable.

—Estamos listos —declaró, y por primera vez, su voz no sonó a mera formalidad, sino a una verdad profunda.

El primer gran desafío de su misión estaba a punto de comenzar.